

Misionero infatigable recorria di versos lugares
 semejante a los predicadores del Evangelio, y vol-
 via al seno de la Religion a multitud de otros des-
 carriadas que abandonando el curato, se hallaban
 perdidas por los campos de las pasiones y los vicios.
 La congregacion de San Vicente de Paul le tuvo
 por muchos años como su superior, y en ellos recibio
 un impulso y un desarrollo digno de tan ilus-
 tre sacerdote, cuando sus ocupacion de otras tan hu-
 nos resultados en Guanjuato.
 Trasladado el Sr. D. Amador de Jesus To-
 rres del obispado de Toluca al de Tlaxcala, el
 Sr. Amador fue preconizado obispo de ese Estado
 en el año de 1881, recibiendo la consagracion de ma-
 nos del Sr. Barón en la Iglesia Parroquial de
 Guanjuato.
 La permanencia del digno prelado cuyo nombre
 repiten todos los tlaxcaltecos con gratitud y con-
 ración y cariño, es la única que, conculcando satis-
 ficiente todos los anhelos, ha hecho tener en aquella
 entidad federativa los principios de la verdadera Re-
 ligión implantando en el Estado las maximas del
 Grande Obispo que hacen de la humanidad una sola fa-
 milia, basada en el sabio principio de que todos so-
 mos de los otros.
 El Sr. Amador debe estar íntimamente
 satisfecho de haber vuelto a colocar a la Iglesia ta-
 lizada en aras de la grandeza y poderío que tan
 altamente merece la que proporcione a la humanidad
 los medios para que sea feliz.



SR. PRESB. D. JOSÉ DE LA MERCED LEGARDA,
 CURA DE S. JUAN DE GUADALUPE (DURANGO.)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DOY JOSE DE LA MERCED LEGARDA

las del interior. Habiendo a un tiempo de
fortificar la resolución y el celo de los caldos que
hacen esfuerzos superiores para levantarse y evitar
las locuras, llevando el consuelo, la paz y la
restablecen la armonía de las cosas eclesiales y ete-
nas, subyugando las pasiones desordenadas al su-
perior yugo de la fe y viviendo de instrumento a

SR. PBRO.

DON JOSE DE LA MERCED LEGARDA

CURA DE SAN JUAN DE GUADALUPE.—DURANGO.

EL mayor mérito del hombre virtuoso, que vive en sociedad consagrado al fiel cumplimiento de su deber, buscando la gloria de Dios y el bien de sus hermanos, consiste en la elevación de sus pensamientos, en su palpitante sensibilidad, en la sangre eléctrica que corre en sus venas, y en su mismo cuerpo convertido en alma á fuerza de sentir las miserias humanas, imaginando todos los medios posibles, aun á costa de verdaderos sacrificios, para poder remediarlas, sin reportar otra recompensa que la satisfacción natural del bien mismo, que se ejecuta noble y desinteresadamente.

Muchos de estos espíritus generosos, que son *todo corazón*, como se dice vulgarmente, existen unidos por la grandeza del purísimo sentimiento de la caridad cristiana; sensibles á las comunes debilidades,

ALVARO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

hijas del infortunio; dispuestos á mitigar el dolor, á fortificar la resolución vacilante de los caídos, que hacen esfuerzos supremos para levantarse y evitar las recaídas; llevando el consuelo, la paz y luz; que restablecen la armonía de las cosas celestiales y eternas, subyugando las pasiones desenfrenadas al suavísimo yugo de la fe y sirviendo de instrumento á fin de que la gracia esparza sobre las almas sus más cándidos y serenos rayos, desapareciendo de la triste escena de un mundo falaz á las brillantes visiones de una eternidad.

¿Y cómo no hablar de ellos, cuando realmente existen y dejan sentir en nosotros su benéfica influencia? ¿Cómo no hacerles justicia al verles pasar desconocidos de una gran parte de los mismos á quienes benefician, siendo en su modestia característica que huye de los aplausos del vulgo, modelo de virtudes, ricos y preciosos florones de la Iglesia Católica, honra y preé del Clero mexicano?

Formados de materia más penetrable, á semejanza de las aves que se alzan de la tierra, no aspiran más que á dirigir su vuelo hácia su domicilio propio: aperciben muy pronto que la oscuridad tenebrosa del egoísmo y de la conveniencia particular, no conviene á sus aspiraciones y á su vuelo puro, y mueren ó degeneran con las decepciones, porque el alma mejor templada en la generosidad y el sacrificio, sucumbe á una infección prolongada.

La desesperación natural del mal al verse vencido y aprisionado, el despecho de las innobles pasiones de la envidia y la soberbia, cual implacables bui-

tres, valiéndose de la calumnia y la falsedad, siguen de cerca el vuelo de los espíritus desprendidos de la tierra, no esperando más que un momento acomodado á sus planes infernales, para asaltarles y devorarlos; y cuando, en fin, los viajeros se abaten de su encumbrada elevación, entónces obtienen un triunfo momentáneo las aves de rapiña, nacidas en los antros del escepticismo, del materialismo y del libertinaje; porque éstas solo se alimentan con el error y la mentira, con el odio encarnizado, la ingratitude, la deslealtad y la más pérfida de las injusticias. Sueñan en la insensatez con la destrucción total del sentimiento religioso, y con objeto de conseguirlo, no se paran en los medios, sirviéndose de las armas más despreciables, con las cuales desacreditan constantemente á los sufridos Ministros del Santuario.

Muchas son las víctimas sacrificadas en nuestros actuales tiempos á la maledicencia de gratuitos detractores; pero también son innumerables los que, vencidos con sus acciones heróicas, alcanzaron sobre tal obra de iniquidad, la más completa victoria.

Uno de estos varones humildes, que recibieron la enseñanza apostólica en medio de la más espantosa de las tempestades morales, aprendiendo á desnudarse de todas las vanidades del siglo y á darlo todo á sus semejantes por amor de Aquel que no teniendo más que dar á los hombres, se dió á sí mismo en sacrificio por la salud del mundo corrompido, es, sin temor de equivocarnos, el jóven Sacer-

dote á quien consagramos estas páginas, por más que ellas lastimen su reconocida modestia.

De él podemos muy bien decir, que ha sabido aprender á sufrir por amor de sus semejantes, conforme á los sublimes preceptos del Evangelio; que ningun halago, ni poder arbitrario ó amenaza, han podido, hasta aquí, doblegarle á faltar en lo más mínimo al cumplimiento de sus deberes; y que, por la misericordia y la gracia de Dios, que todo lo puede, ha permanecido fiel á su vocación y á su elevado ministerio de apacentar las almas, sabiendo ante todo, vencerse á sí mismo: ¡prueba difícil para los mundanos y la más difícil de todas!

No hablaríamos en su encomio una sola palabra; pero el honor de la Iglesia Mexicana y del suelo en que nacimos nos lo exigen, puesto que se trata de hacer merecida justicia á sus virtudes y colocar su nombre entre los de otros muchos Sacerdotes contemporáneos, que captándose la estimación y la gratitud de cuantos les han conocido de cerca, se hacen merecedores del respeto universal.

La cima nivosa de los Alpes se aproxima más al cielo que la cima borrascosa del volcán, y éste despide su vislumbre desde el fondo tenebroso del abismo.

En nuestro siglo de frialdad é indiferentismo, sobre el cual impera el egoísmo más recalcitrante, necesario es subir al cielo en alas de la fe cristiana para buscar allá el único calor que vivifica á la humanidad, CRISTO, Señor Nuestro, Sol verdadero de justicia.

Desde el fondo tenebroso de una sociedad desmoralizada, en su inmensa mayoría, que se complace en la sátira de mal género, el ridículo y la calumnia contra el Sacerdocio Católico, debe salir un nuevo destello de luz que haga resplandecer la verdad de las virtudes de los ungidos del Señor, presentando de relieve las acciones tan laudables de los varones apostólicos que, á semejanza de sus antecesores, saben sacrificarse por el bien de los hombres y por la felicidad comun de los pueblos.

¡Sea, pues, este pequeño vislumbre que arroja nuestra mal cortada pluma, un nuevo fulgor, unido á los innumerables que arrojará el precioso libro destinado á hacer justicia al ilustrado y patriota, cuanto virtuoso y abnegado Clero de mi Patria!.....

El Pbro. José de la Merced Legarda y Martínez vió la primera luz el 24 de Septiembre de 1857 en el pequeño pueblo de San Francisco de Borja, del Distrito de Cosihuiriachic (hoy de Abasolo), en el Estado de Chihuahua.

Fueron sus progenitores D. Melitón Legarda y Galaviza y D^{ca} María del Rosario Martínez y Chávez. Poseían una modesta fortuna, uniendo á esto una acrisolada honradez y gran acopio de virtudes cristianas, como era comun en aquellos tiempos verdaderamente patriarcales para las lejanas y casi desconocidas comarcas del extenso territorio chihuahuense.

Ocupábase el primero en las labores de sus propios campos que cultivaba con esmero y asiduidad, con el laudable fin de procurar la educación é ins-

trucción de sus hijos, objeto único de todos sus desvelos y aspiraciones.

De improviso, la implacable muerte vino á cortar el hilo de aquella preciosa vida, dejando sumergidos en el dolor, el abandono y la miseria á los que sólo dependían del amparo paternal; y esto motivó el traslado de la familia Legarda á la ciudad de Chihuahua con la esperanza de encontrar allí un medio seguro de vivir con el trabajo personal y atender á la vez á la educación del tierno niño José de la Merced, que aún no contaba entónces siete años.

A principios del año de 1864 fué colocado como dependiente en una casa de comercio para poder ayudar á su afligida madre con el pequeño sueldo que recibía; y era digno de llamar la atención el modo con que sabia aprovechar el tiempo disponible, en el estudio, para asistir unas horas á la escuela; lo que le conquistó el cariño del esclarecido y benemérito Cura Párroco de Chihuahua, Dr. D. José de la Luz Corral, al extremo de haber sido luego su padrino de confirmación.

Concluidos sus estudios elementales como discípulo de los Profesores D. José María Mari, D. Luis D'Antin y D. Víctor de la Garza, que siempre le han distinguido con su afecto, ingresó al Seminario Conciliar establecido en el ex-convento de San Francisco, donde cursó la lengua latina bajo la dirección del Sr. Pbro. D. Luis Terrazas, siguiendo el de Filosofía y Teología Escolástica con el Sr. Dr. Corral, habiendo obtenido en todos sus exámenes la calificación de

suprema, como lo comprueban honrosos certificados, y sustentando lucidísimos actos públicos.

Desde el fallecimiento de su señora madre, acaecido el 22 de Julio de 1872, quedó el jóven huérfano encomendado á su padrino el Sr. Dr. Corral, del cual recibió siempre los más evidentes testimonios de su confianza y verdadera estimación.

En el año de 1879 fué enviado al Seminario Conciliar de Durango, donde cursó Teología Moral con el Sr. Canónigo D. Luis G. Campa, y Hermenéutica Sacra con el Ilustre Señor Canónigo Lectoral D. José de Jesus Contreras.

La conducta piadosa, la humildad de su carácter y su nunca desmentida aplicación al estudio, le captaron bien pronto el aprecio general de todos los Profesores del Colegio. Promovido á recibir los sagrados órdenes, le fueron conferidos el Subdiaconado, Diaconado y Presbiterado con dispensa de intersticios, en las primeras Témporas del año de 1880, por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Durango Dr. y Lic. D. José Vicente Salinas, cuando contaba la edad de veintidos años, cuatro meses y veintisiete dias de su edad.

Cantó su primera Misa solemnemente el dia 3 de Mayo en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, en el Sagrario Metropolitano de la misma Archidiócesis de Durango, y fué apadrinado por el Muy Ilustre y Venerable Sr. Dean del Cabildo Eclesiástico, su maestro, y el Señor Canónigo Magistral D. José Ignacio Casáres, Pro-Secretario de aquella Sagrada

Mitra, así como por los distinguidos y nobles caballeros Sres. D. Luciano López y D. Luis Garza.

Las primicias de su ministerio Sacerdotal fueron empleadas por algun tiempo en la ciudad Arzobispal, donde estuvo asignado al servicio del culto en todas las iglesias, prestando á la vez sus servicios al Seminario como Profesor suplente de varias de sus Cátedras.

Seis meses despues fué nombrado: primero, como Teniente Cura, y más tarde Cura interino de la Párroquia de San Miguel del Mezquital, que en la administración civil pertenece al Estado de Zacatecas.

Allí se demostró incansable en el servicio parroquial, con un celo sin límites, promoviendo cuantas reformas y mejoras estuvieron en su mano establecer. La predicación continua, el confesonario, los ejercicios de piedad y las prácticas de devoción, ocupaban constantemente su tiempo. Jamás le vieron sus feligreses desocupado: visitaba con frecuencia los pueblos, ranchos y haciendas de su jurisdicción, y tuvo el placer de legitimar con el Santo Sacramento del Matrimonio todas las uniones ilícitas que existían por entónces en aquellas comarcas. Reparó una gran parte del templo parroquial, poniendo el reloj público; ayudó á fundar la mejor escuela de primeras letras que hasta hoy existe, la que fué dotada con libros y todos sus útiles indispensables, y de la cual han salido aventajados discípulos.

El más elocuente testimonio de su conducta observada durante su permanencia en San Miguel, fué demostrado por el sentimiento unánime y las lágrimas

derramadas el día de su salida, así como por los gratos recuerdos que le consagran aquellos cristianos cuanto pacíficos y laboriosos habitantes.

Habían trascurrido un año y ocho meses de su residencia parroquial, cuando fué trasladado por disposición de la Sagrada Mitra á la Iglesia parroquial de San José del Parral, Ciudad Hidalgo, en el Estado de Chihuahua, con fecha 19 de Febrero de 1882.

Por espacio de ocho meses consecutivos pesó sobre el jóven Sacerdote el penosísimo servicio de aquella populosa ciudad, la más antigua del Estado, con el de los diversos pueblos, haciendas y ranchos de su extensa jurisdicción.

Esto no obstante, atendía también al servicio del culto en los templos de San Juan de Dios, San Nicolás y el Santuario de Guadalupe, con el mayor decoro y esplendor posibles. La piedad del Sr. Cura Legarda hizo que fuesen restauradas casi todas las iglesias de la ciudad y algunos altares; debiéndose á él la traslación de la venerada imagen de Nuestra Señora de la Soledad al nuevo ciprés erigido en el altar mayor de San Juan de Dios y el adorno del precioso templo de Minas Nuevas, donde se venera la prodigiosa imagen de Nuestra Señora del Rayo, tan amada de los habitantes del Parral.

La constante predicación del apostólico Sacerdote y su nunca interrumpida propaganda en favor de la sana doctrina Católica contra los errores modernos, le suscitó, como era natural que sucediese, el odio y la persecución de los hijos de las tinieblas, que buscaban pretextos para arrojar léjos de aquella socie-

dad al esforzado adalid de la causa de Dios; pero él, humilde y sufrido, desarmó á sus gratuitos enemigos, llenándoles de beneficios; habiendo alcanzado con su prudencia que fracasasen por completo los planes inícuos de sus adversarios.

El Ilmo. Prelado diocesano le trasladó luego á la parroquia de Huejotitán, perteneciente al mismo Distrito Hidalgo y Estado de Chihuahua, en la cual principió reedificando por completo la destruida iglesia parroquial, á la que dotó de todos los paramentos necesarios, vasos sagrados y adornos para el culto.

Levantó el decaído espíritu religioso de aquel lejano pueblo. Varias familias indigentes fueron allí sostenidas por la caridad del generoso párroco. Fundó una escuela católica, en la cual, siempre que sus ocupaciones se lo permitían, pasaba largas horas enseñando á los tiernos niños en unión del profesor sostenido á sus propias expensas.

Habiéndose desencadenado el espíritu de la discordia, que tomaba proporciones gigantescas en una gran parte de los pobladores semisalvajes de aquellas apartadas regiones, fuéle necesario tomar la iniciativa en el restablecimiento de la paz y de la unión; y pudo conseguir su afianzamiento por completo, reformando la inmoralidad de las costumbres, haciendo que la inmensa mayoría aceptase, por medio de la racional convicción, el sentimiento de la más pura fraternidad, despertándose, como por encanto, los más entusiastas sentimientos de piedad y devoción, así como las más austeras prácticas de las cristianas virtudes.

A las afectuosas bondades y paternal cariño del ilustrado cuanto laborioso Párroco de Chihuahua, se debió que éste, convencido de los importantes servicios que podía prestarle en el desempeño de su parroquia el Sr. Cura Legarda, solicitase con ahinco su traslación á aquella capital, la que se verificó en Octubre de 1885 por disposición del Ilmo. Sr. Obispo de Durango, quien tuvo á bien nombrarle primer Teniente Cura de aquella iglesia parroquial.

Grande fué el consuelo que proporcionó á su antiguo benefactor la presencia del jóven sacerdote formado por él mismo y á la medida de su carácter franco, prudente y conciliador, tan á propósito para nuestros actuales tiempos y circunstancias.

Sus primeros trabajos se dirigieron á restablecer el antiguo Colegio Seminario y á levantar el culto en el histórico templo de San Francisco, como una necesidad urgente, así respecto de la juventud católica, como del numeroso vecindario extendido en pocos años á los alrededores de aquel vetusto edificio, el primero que se edificó por los religiosos franciscanos de la *Propaganda Fide* en las regiones de la antigua Tarahumara.

Nombrado ese mismo año de 1885 Vice-Rector del Colegio y Capellán del templo, prestó activamente al uno y al otro los más señalados servicios, sin remuneración de ninguna clase, hasta conseguir levantarles á la altura en que actualmente se hallan. Respecto del colegio en el que se han formado todos los hombres más conspicuos y eminentes, que han sido el honor del Estado y el orgullo de sus conciu-